

ANTONIO PORPETTA

DE LA MEMORIA AZUL



2002

ELS PLECS DEL MAGNÀNIM

Colección dirigida por Ricardo Bellveser

48

© Antonio Porpetta, 2002

© De la presente edición:

Institució Alfons el Magnànim

Diputació de València, 2002

Quevedo, 10

46001 València

alfons.magnanim@diputacion.m400.gva.es

www.alfonselmagnanim.com

Dibujo de Antonio Porpetta para la cubierta
y letra capitular de Juan Ramos

Depósito Legal: V-2698-2002

Imprenta Lluís Palacios, Sueca

Justificación

R.H.: –Antonio: el mar... ¿qué significa para ti el mar?

A.P.: –*Quizás un símbolo de vida, y una imagen de libertad. Creo que el mar es un resumen del universo, una fuente inagotable de motivos poéticos, la más apasionante de las muchas que nos ofrece la Naturaleza. Se entiende, el mar y todo lo que se relaciona con el mar: acantilados, arenas, gaviotas, islas, naves... un mundo tremendamente sugestivo para mí, que aparece con mucha frecuencia en mi poesía, como tú sabes.*

R.H.: –Sí, en tus versos hay una gran atracción por el mar...

A.P.: –*Por supuesto, y no sólo una atracción poética o espiritual, sino una profunda atracción física. Hay algo en el mar que me envuelve y me imanta, como una continua llamada: no puedo dejar pasar demasiado tiempo sin acercarme a él, aunque sólo sea por unas horas.*

Por otra parte, ante el mar —concretamente ante “mi” mar, el Mediterráneo— me siento distinto, como renovado o recién nacido, feliz.

Siento por el mar una especie de amor filial intenso y permanente que se va acrecentando —todavía más— con el paso de los años.

R.H.: –¿Tienes motivos personales?

A.P.: –*Sí, y lo he contado en algunos poemas míos: creo que la ausencia del mar durante mi infancia. Aunque yo soy mediterráneo —por nacimiento y, creo, por carácter— no nací junto al mar, sino treinta kilómetros al interior, en un paisaje desértico, gris, un tanto desolador. Muy cerca del mar, presintiéndolo, casi escuchándolo, pero no junto a él.*

Eso, aunque te parezca absurdo, me hizo sufrir mucho en mi infancia, y me ha dejado una especie de “estigma” que aparece con frecuencia en mi poesía. Siempre, siempre añoré el mar como algo cuya presencia inmediata necesitaba para vivir.

R.H.: –¿Dónde se produjo tu “encuentro” con el mar?

A.P.: –*En Alicante, con mis padres, siendo yo muy pequeño. Dicen que me quedé mirándolo mucho tiempo, en silencio, completamente abstraído. Y que lloré. Ellos creían que fue por miedo. Yo sé que era por amor.*

Traigo aquí este retazo de una larga conversación con la profesora americana Rosario Hiriart, incluida en su libro “Antonio Porpetta: Una voluntad poética”, publicado en Alicante hace quince años. Mis palabras de entonces, siempre vigentes, me facilitan la justificación de esta pequeña antología de poemas del mar —de “mi mar”— entresacados de mi obra.

En algunos de estos poemas, el mar es su absoluto protagonista (como lo es de mi libro “Adagio mediterráneo”, íntegramente dedicado a él); en otros, sólo se escucha su vivo rumor, como un eco cordial, amparador y sugerente.

En todos, mi mar, con su honda y plural simbología; con sus viejas presencias geográficas, históricas y culturales; con su aliento de vida y de permanencia a través de los siglos; con la vibrante memoria azul de una mediterraneidad que me define, que me obliga, y a la que me siento orgulloso de pertenecer.

ANTONIO PORPETTA

No puedo concebir el mar sin mí
ni puedo concebirme sin mi mar:
nacé junto a la ausencia de mi mar
y su memoria azul habita en mí.

Con su claro prestigio vibra en mí
la sonora presencia de mi mar:
la voz apasionada de mi mar
me dice que sin él no hay yo ni hay mí,

y tan hondo el amor alienta en mí
que cuando no estoy cerca de mi mar
siento mi corazón lejos de mí.

Eternamente unidos yo y mi mar:
porque mi mar es ya parte de mí,
y un día seré parte de mi mar.

Poema 45

Sobre mi mar, el tiempo se derrama
como una lluvia inmóvil,
como una somnolienta travesía
hacia mundos o estrellas imposibles.
Hay tiempo detenido en las orillas
que tantos viejos soles albergaron,
y tiempo inmemorial entre las olas
que acercan y separan.
Tiempo diluye el viento y sus aullidos
entre los ojos ciegos de las rocas,
tiempo en las escamas de los peces
que lloran su silencio.
Duermen su noble tiempo las columnas,
las islas, las estatuas,
y se cubren de tiempo las palabras
de los oscuros muertos olvidados.
Tiempo hienden las proas de las naves
y molienda de tiempo las arenas
esconden en sus oros, y las algas
verde tiempo flagelan dulcemente...
Desde los muelles miro el horizonte
y es tiempo lo que veo.
Porque mi mar es tiempo que respira
y yo, junto a mi mar,
sólo tiempo respiro.

Aquí, en esta orilla

Aquí, en esta orilla, rodeado
de los últimos oros de la tarde,
miro mi mar, percibo
el paternal aliento de sus aguas,
su extensa calidez, su llamarada,
y vibra mi memoria, y aletean
alzándose al espacio mis sentidos,
acariciando el aire, recubriendo
mi cuerpo de presencias,
mi frente de horizontes,
mi corazón de luz...

Y así llegan a mí, con la apacible
certeza del ayer,
del ahora, del siempre,
los fragantes rumores de los zocos
de Argel y de Bizerta,
el fulgor cenital de Alejandría,
la serena salmodia del Talmud
en las calles de Jaffa,
y en Saida me cobijan
las sombras venerables de los cedros,
y escucho los almuédanos de Esmirna,
y acaricio los mármoles
de un templo derruido en Mitilene,
y descubro los cárdenos de otoño
en las viñas de Candia,
y en Split me emocionan

Niños sin azul

Yo guardo en la memoria,
marcada por un hierro tenaz y dolorido,
mi infancia alicantina y su paisaje
abrasado de sol:
resecos pedregales, polvorientos olivos,
algún mínimo huerto
dormitando a la sombra de una higuera,
la desolada nota del cactus agresivo
y una sed irredenta en la mirada
que acartonaba el alma y hería el corazón.
Más allá de los montes,
a la distancia justa del grito y de la lágrima,
se averiguaba un mundo
de brumas y gaviotas, de redes y veleros,
de cálidas arenas empapadas de sal.
Unos pocos kilómetros bastaban
para herirnos la frente con la ausencia
del mar, de aquel inaccesible mar
tan nuestro y tan ajeno.
Unos pocos kilómetros, muy pocos,
cegaban horizontes, amordazaban brisas,
arrebataban olas
negándonos el gozo de su abrazo,
su paternal y mítica caricia.
Nosotros, los oscuros,
los indefensos niños de secano,
apátridas de azul, mediterráneos

del árido barbecho y de la estepa,
nacíamos ungidos por el cruel designio
de sólo navegar melancolías.
Aún late en mis oídos el recuerdo
de aquellas luminosas caracolas
que encerraban el mar en sus entrañas.
¡Con qué avidez de espumas escuchábamos
su profundo rumor, tan presentido!
En los charcos, los barcos de papel
—fragatas, carabelas, bergantines—
¡qué heroicas fantasías dibujaban!
Y en las terribles noches,
junto al canto del grillo y la cigarra
¡qué sueños de corales y de algas!
Pescadores de almendras, marineros sin mar,
argonautas del cieno...
Unos pocos kilómetros,
y hubiera sido nuestro el universo.

Ahora, desde lejos,
a pesar de los cierzos transcurridos,
todavía me vibra la nostalgia
de haber tenido el mar
tan cercano, tan mío,
y no haberlo nacido.

El mar llegó contigo

Yo nunca tuve el mar:

mi infancia oscura
fue una siesta de cobre en alacenas
donde todo era fuego y jaramago,
donde todo era un rito de orfandades,
de pupilas vacías.

El mar era mi llanto:

gaviotas en mi frente
me hablaban de esa patria, dibujaban
sus azules fronteras,
su extensa libertad, su luz sonora.

Y yo en mi ausencia,

niño triste y cansado,
viendo pasar los días.

Pero llegaste tú,

y el mar llegó contigo.
Traías en tus manos la pulpa de las olas,
brilladora y furtiva, en tu pelo
un rebullir de peces asombrados,
y en tus ojos isleños
como un viento salino que cantara.
Era tu piel de arena, tu cintura
una tierna bahía,
tus pechos desbocados un refugio
de veleros sin sueño,
hasta en tu voz guardabas
un no sé qué de brújulas y espumas.

colgando de sus vértebras—,
lacrimatorios, píxides, alfanjes,
la mudez jubilar de los cañones,
el duelo de los mástiles,
mascarones de proa, ya marchita
su ubérrima impudicia, camafeos
de insólitos perfiles, las monedas
con el oro y la plata convertidos
en yerma mansedumbre,
cruces, grilletes, crótalos, salterios,
una orfandad de lábaros,
una angustia de espuelas,
el oficio imposible de las áncoras,
el desaliento inmóvil de los cálices...

Y si después, mi mar, ya fatigado
de su vieja opulencia,
sellara sus vestigios, recobrará
su sereno semblante,
su cotidiana paz horizontal,
y ofreciera de nuevo
sus alegres bañistas, el bullicio
del surf y del esquí,
la levedad del aire,
una calma dorada de balandros,
las gráciles muchachas en top-less...

Súplica del mar

Tanta ausencia de mar hay en mis ojos,
que en él quiero vivir
mi vida más callada.

Exactamente en él,

en lo más puro.

No en un vano crepúsculo de mármoles
y bronce florentinos, ni en el hosco
clamor de las raíces,
regresado a la arcilla,

ni siquiera

ya trascendido en humo,
aunque así me surcaran las alondras
y el viento fuera mío.

Exactamente en él,

en sus honduras,

en la ciega extensión de sus praderas.

Cuando el sueño me asombre
y me invite a regiones escondidas,
llévame al mar,

regrésame a su abrazo,

a la verde caricia que no acaba,
a su canción de cuna.

Ya presiento

su ancha bienvenida,
su sereno vaivén,
su regazo de madre que me espera.
Llévame al mar,

devuélveme a las olas:
he de encontrar en ellas
ese claro silencio que me habita,
esa luz que me bulle entre la sangre,
esa verdad azul que me acompaña
desde los viejos días.

Balada de tus manos

En tus manos la luz es como espuma
de un mar que nunca fuera,
de un mar que ríe y llora en mi mirada
sus galernas dormidas,
sus playas donde nadie
buscará caracolas,

donde nadie.

En tus manos la espiga se levanta
ofreciendo su grito a las campanas,
y florece la rubia madre selva,
y hay un sueño de tiernos tomillares
que se enreda en tus dedos.

En tus manos

me ha renacido un mundo
de olvidados cipreses,
un universo ciego que me llama
con su voz de sirena engañadora,
que me conduce a todo y me descubre.
En tus manos me acuno como un niño
que espera una mañana
de juegos imposibles,
de lejanos prodigios escondidos
entre las nubes blancas.

En tus manos

hay un aroma lento de caminos,
una lluvia de vidrio que me inunda
como una larga muerte,

como un vuelo de pájaros oscuros
en un viento callado.

En tus manos
hay una casa grande
sin puertas ni ventanas: sus paredes
escuchan mi cansancio y me rescatan
de esa noche que espera sordamente
disfrazada de estrellas.

En tus manos
me oculto y me reencuentro
como quise ser siempre:
Un pequeño silencio

en el cauce de un río,
un diminuto fuego,
remansado en tus manos.

Retorno a la duda

La implacable galerna de los días
marcando fue la furia de sus huellas
en nuestra pobre piel desconcertada.
Hubo un primer candor, como un alféizar
abierto a un nuevo mar. Su transparencia
nos dejaba escuchar viejas canciones
de núbiles sirenas escondidas
en la bruma cuajada de prodigios.
Ignorando la estrella, nuestro esquife
abandonó la somnolienta playa
bajo un viento de augurios cotidianos.
¡Qué largo navegar, qué singladura
por inútiles puertos, al abrigo
de nuestra parca provisión de sueños!
Aferrados los ojos al asombro
pudimos descubrir que la certeza
se encerraba en un frágil espejismo
más lejos cada vez y más ausente
de la humilde inquietud de nuestro llanto.
Hundida aquella carga de esperanza,
la pobreza del naufrago hizo mella
en nuestra desnudez desarbolada,
alentó la renuncia, nos impuso
la acritud de sus normas inviolables.
En la nocturnidad de los silencios
cumplida fue la esquiva ceremonia
del retorno. El temido presagio

se alzó con su liturgia acostumbrada
hacia las altas cumbres del destino:
permanecimos libres en la arena
durante lentos siglos recordados,
alimentando ausencias, compartiendo
la isleña soledad de nuestra duda

Las flores

Hay unas flores rojas en la orilla,
sobre la tersa arena despoblada de huellas
en este invierno largo,

tan distante y tenaz.

Unas flores que mueren muy despacio
entre el púrpura invicto de la tarde,
ante el inmenso mar que las contempla
con un cansado asombro,

con un tierno dolor.

El plácido ondular de su oleaje
acaricia sus pétalos, descubre
la belleza que fue,
o la que permanece todavía
en esa inexplicable inmolación.

¿Qué pretérito encierran esas flores,
qué proclaman aún?

¿Predijeron la fecha de unas bodas
o fueron compañía de la muerte,
espejo de la ausencia,
o sirvieron quizás para decir amor
entre unas manos trémulas,
muy cerca de unos labios conmovidos?

¿Por qué han sido entregadas
a la injuria terrible del silencio,
a su desnacimiento en soledad?

¿Qué voces escucharon, qué miradas
les dieron el mensaje

que ahora, enmudecidamente, guardan
o intentan olvidar?

No hay respuestas posibles: el destino
ha borrado su imagen, su mañana,
su mínimo presente:

sólo queda
la trágica hermosura de esas flores
muriendo su abandono
en la clara pureza de la playa,
con el arrullo fúnebre del mar...

El esclavo

Todo su mundo era
una enorme sandalia de cuero repujado
y el poderoso pie que la habitaba.
Del aire conocía
el vuelo de las togas en su frente sumisa
y alguna voz de rostro impenetrable
llegada de la altura.

Escuchaba
las más bellas historias de bosques y caminos,
de gentes y paisajes más allá de los muros,
de pájaros lejanos como el sueño.
Y un rumor luminoso fue creciendo en su sangre
ante el mudo prestigio de las puertas prohibidas.
Cuando llegó el momento,
sólo la noche supo su destino
en una jadeante madrugada
de sombras como fauces...
Fácil fue su captura:
la guardia fidelísima del César
lo encontró al mediodía
frente al mar, en silencio,
hermosamente inmóvil,
como un dios asombrado entre la arena.
Después de los castigos
regresó a la blancura de los mármoles,
al callado universo de sus horas.
Pero en su pecho ardía

aquel estigma azul, aquella claridad,
aquel hondo secreto desvelado.
Y ya siempre sus ojos
se alzaron acechantes desde el suelo
con la lenta esperanza de los tigres.

El mar

El mar quedaba allá, tras la frontera
de los montes oscuros,
casi latía, casi se escuchaba
su azulado rumor.
El cálido vaivén de sus espejos
rozaba nuestra sangre
desplegando un vestigio de campanas
donde todo era olvido.
Lo sabíamos nuestro,
cercano, fulgurante,
pero quedaba allá,
en una dolorida lejanía,
a la distancia justa
del grito y de la lágrima.
Lo vi por vez primera
una mañana alzada sobre el ámbar,
una de esas mañanas transparentes
donde sólo es posible algún prodigio
que obligue a renacer.
Ante aquella verdad,
ante aquel llamamiento iluminado
poderoso y eterno como un padre,
sólo pude llorar y prometerle
una intocable estrella en mi memoria.
El mar quedaba allá, tras la frontera
de los montes oscuros.

Durante algunos años

hubo un niño que quiso ser gaviota
y en las sedientas tardes,
cegado y malherido por el páramo,
tristemente volaba
sobre un acantilado de trigales.

La isla

Y sigue el mar batiendo mi memoria,
más cercano que nunca,
y aparece en el llano su horizonte,
más cercano que nunca,
y derrama sus olas en las mieses,
más cercano que nunca,
y cubre las encinas y los álamos,
más cercano que nunca,
y le canta a la alberca y al otero,
más cercano que nunca,
y sube hasta los altos peñascales,
más cercano que nunca,
y amanece fulgiendo ante mis ojos,
más cercano que nunca,
y su larga mirada me renace,
más cercano que nunca,
y salpica de amor toda mi ausencia,
más cercano que nunca,
y me invade los hombros y me abraza,
más cercano que nunca,
y me llena de luz la piel entera,
más cercano que nunca,
y recorre mi sangre y me la espuma,
más cercano que nunca,
y es berilo engastado en mi palabra,
más cercano que nunca,
y yo soy una isla entre cadenas,

y él me ronda,
me tienta,
me naufraga...

La edición del número 48 de
ELS PLECS DEL MAGNÀNIM,
De la memoria azul
de Antonio Porpetta,
se ha estampado sobre papel Torreón,
tanto el interior como la sobrecubierta,
y con tipografía Didot para el texto.

Se terminó de imprimir
el día 21 de junio de 2002,
en Sueca,
en los talleres de imprenta
de Lluís Palacios

